

ANDREA IZQUIERDO



TERCERA PARTE

LA CHICA DEL

Zodiaco

GÉMINIS • CÁNCER • LEO • VIRGO

 Planeta

ANDREA IZQUIERDO

TERCERA PARTE

LA CHICA DEL
Zodiaco

GÉMINIS • CÁNCER • LEO • VIRGO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Andrea Izquierdo, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: © Lookatcia

Primera edición: junio de 2023

Depósito legal: B. 9.174-2023

ISBN: 978-84-08-27335-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO 1
II
EL DE LA SORPRESA AGRIDULCE

—¿Y qué le respondiste? —me pregunta Julia, ya que yo no añadido nada más.

Acabo de pasar los últimos quince minutos hablando sin parar, como si fuera un monólogo, de lo que ha sucedido con Connor apenas unas horas atrás. He tenido que hacer la versión extendida porque Emma, su nueva novia, no estaba muy enterada de las últimas actualizaciones del experimento del Zodíaco. Después de recordarle un poco sobre los signos que fueron peor (mención especial a Escorpio) y los que me encantaron (como Tauro, que se había convertido en un gran amigo en cuestión de semanas), hice una pausa para explicar la historia de Connor.

—Eso, eso —insiste Emma, que también es Escorpio pero no se parece en nada a Theo, el chico correspondiente a ese signo.

—Nada. No le respondí nada —les explico.

Las miro con cara de pánico porque sé que es lo peor que he podido hacer, pero no sabía qué decir. Nunca había pensado en Connor como una persona de la que me podría enamorar. Teníamos muchos piques entre nosotros, pero no éramos más que amigos. Aunque, si mi abuela hubiera estado delante, habría dicho que éramos ese tipo de amigos de los que «de pequeños se pelean, de mayores...».

—¿Nada? —repite Julia. Me mira con esos ojos tan grandes mientras se pone los mechones pelirrojos detrás de las orejas.

—¡Hombre, algo le dirías! —salta Emma—. No os quedaríais completamente callados, ¿no?

Mi mente viaja con rapidez al lugar en el que Connor se me ha declarado.

—Me quedé mirándolo muy fijamente y no sabía qué decir... No quería hacerle más daño del que ya ha sufrido en estas últimas semanas —me justifico.

—Entonces, no te gusta.

La frase de Emma se queda flotando en el aire. Julia me mira, esperando una mínima expresión en mi rostro que explique cómo me siento. Pero ni yo misma lo sé.

—Yo... Digamos que disfruto más de su presencia ahora que antes. Me gusta estar con él, pero no..., no le quiero. Dios mío, me siento fatal. Soy la peor persona del universo.

—¡No! —exclama ahora Julia—. No pasa nada, es perfectamente normal que no te guste.

—A ver, sí que me gusta. —Hablo demasiado rápido y mi mejor amiga enarca las cejas—. Quiero decir, si no arrastrara todo lo de la casi boda, los cuernos, el experimento... Si estuviera mejor, igual podría haberme fijado en él de una forma más seria. Pero ahora mismo es imposible. Además, no creo que él esté enamorado de verdad. A veces pienso que su confesión fue más por la emoción del momento que otra cosa.

Julia agita enérgicamente la cabeza.

—Ni de coña. Conozco lo suficiente a Connor como para saber que eso es mentira. Y a ti también, Anna. Por ahí no puedo dejarte pasar. No puedes engañarte a ti misma. Si Connor te ha dicho que te quiere es porque lo siente de verdad, y si tú no estás a su mismo nivel, no pasa nada. Pero no pienses que se ha equivocado. —Me da la mano, porque sabe que su tono y sus palabras han sido un poco duros. Pero agradezco que sea directa conmigo y que no diga solo lo que me gustaría escuchar.

—Ya... —Me quedo un rato en silencio, sopesándolo—. ¿Tú qué piensas, Emma? Que lo ves todo más desde fuera y no conoces tanto a Connor.

Ella suspira.

—Yo pienso que, si Julia dice eso, el chico estaría diciendo la verdad. Pero no deberías martirizarte por haberlo rechazado.

Cuando pronuncia esa frase, me doy cuenta de que eso es lo que he hecho. Rechazarlo. De pronto, me siento tan mal que solo deseo echar el tiempo atrás para..., ¿para qué?

—Lo que no entiendo es por qué se marcha. ¿Sabéis? —digo en voz alta, aunque más bien es una reflexión personal—. Según él, quiere poner espacio, y lo entiendo, pero realmente aquí es donde tiene a toda su gente, ¿no? Yo me marché porque no quería saber nada de quienes me rodeaban... Bueno, no sé. Ahora que lo verbalizo no sé qué tiene sentido ya, la verdad. Estoy hecha un lío.

Julia se encoge de hombros.

—Bueno, quizá necesite estar un tiempo solo —añade—. Para que Raúl pueda rehacer su vida y Olivia acepte que no había nada entre ellos... Mira, ahora que hablamos de Olivia, acabo de caer en que después de todas las veces que estuvieron juntos, lo dejaron, y volvieron de nuevo, Connor nunca se le declaró como ha hecho hoy contigo, Anna. O sea, que tan de mentira no sería.

Por un momento, me imagino lo horrible que sería estar con Connor y que Olivia se enterase. La última vez que la había visto, ella había montado un numerito en la salida de la discoteca porque se había enterado de que a Connor le gustaba, cuando ni yo misma era consciente todavía.

—¿Y cómo ha sido la despedida? —Julia revive la conversación.

—Tranquila —reconozco—. Le he acompañado y no sé adónde ha ido. Nos hemos dado un abrazo y poco más. Me ha

explicado que, en cuanto montara en el autobús, dejaría de lado las redes sociales y eso. Imagino que podremos llamarle, pero poco más.

—¿De qué signo es Connor? —pregunta entonces Emma.

Julia y yo nos miramos.

—No lo sé —dice mi mejor amiga—. ¿Tú lo sabes, Anna?

—Ni idea. Se lo he preguntado alguna vez, pero nunca ha querido confesármelo. Creo que disfruta viendo cómo me rompo la cabeza intentando adivinarlo.

Nos reímos, y el ambiente se relaja un poco.

—¿Alguna vez lo has intentado? —insiste Emma.

—No... Ni idea. Sé qué signos no sería, como Sagitario, Libra o... ¿Piscis?

—Yo creo que parece Aries —añade Julia.

Me quedo pensando, y puede que tenga razón. Sin embargo, no le quiero dar más vueltas al tema.

—Ahora tengo que buscar a mi chico géminis, pero está la cosa cada vez más difícil. Reconozco que hasta me da un poco de pereza... ¿Dónde se conoce gente en el siglo XXI? Ah, y que no sea Tinder, por favor. Eso ya lo he abandonado para siempre.

Julia se ríe.

—¿En el gimnasio? —propone Emma.

—Pues no es mala idea, pero por ahora no tengo pensado gastarme sesenta dólares al mes para ligar. —Digo una cifra al azar, pero imagino que ese debe de ser el precio medio de los gimnasios en esta ciudad—. Los Ángeles está cada vez más caro.

Julia se ríe.

—Y tanto, a mí me han subido el alquiler —se queja Emma, pero antes de que pueda responder me suena el teléfono. Veo el nombre de Raúl en la pantalla y me levanto, disculpándome un segundo. Lo descuelgo enseguida.

—Dime. ¿Está bien mamá? —le saludo. Es raro que mi hermano me llame así, de la nada, de modo que siento cómo el corazón me empieza a palpar más rápido.

—Justamente acabo de hablar con ella —me cuenta mi hermano—. Estar, está bien, pero hacía tiempo que no la escuchaba tan cabreada.

—¿Por qué?

—Martina ha dado a luz.

Ahogo un grito. Julia y Emma me miran con preocupación, sobre todo la primera, que entiende algo de español y sabe que estoy hablando de mi madre. Levanto el pulgar para que sepan que todo está bien.

—¡Qué guay! ¿Cómo está Martina? ¿Qué nombre le han puesto al bebé al final?

—Pues mamá no me lo quería decir porque está enfadadísima. Resulta que dio a luz hace ya ocho días.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Qué? —Mi tono cambia de la emoción a la confusión.

—Sí. Dice que, como ninguno de los dos hemos llamado para preguntar por Martina, no han querido decírnoslo hasta ahora. Bueno, mamá no ha querido.

—¡Pero si yo escribí anteayer a mamá para ver cómo le estaba yendo la rehabilitación! ¡Y no me dijo nada!

Empiezo a hacer números en mi cabeza. Sabía que Martina estaba a punto de salir de cuentas, pero no le había escrito precisamente para no agobiarla más. Quería evitar ser la típica pesada que está cada dos por tres preguntando y presionando. No, es imposible que haya dado a luz y no nos hayan dicho nada en ocho días. Es más de una semana.

—No te creo —le digo a mi hermano después de sopesar la situación.

—Pues... es la verdad —insiste Raúl—. Te aviso por si quieres llamarlos.

Cierro un momento los ojos mientras pienso en cómo voy a gestionar esto. Creía que después de todo lo que había pasado con mi madre, del susto que nos había dado a todos con el ictus, las cosas cambiarían en la familia. Me da rabia que mi madre piense así, cuando lo más normal es que, al ponerse de parto, nos hubieran llamado ellos para contárnoslo.

—Joder, es que no somos adivinos —me defiendo, aunque sé que no sirve para nada. Estoy tan frustrada... Me imagino cómo habrá sido esta primera semana para Martina y Gastón, todas las novedades a las que tendrán que haberse enfrentado, sin que nadie nos haya avisado—. ¿Y Martina no te ha dicho nada desde entonces?

—No, Gastón tampoco. Mamá les habrá comido el coco, yo qué sé. Bueno, ya te lo he contado.

—Vale. Uf, me dejas de piedra —reconozco.

Imaginaba que recibir la noticia de que mi hermana ha sido madre, de que ya soy tía, sería una experiencia muy distinta. Pero en esta familia ya no me debería sorprender nada. Necesito pensar varias veces en ello para hacerme a la idea de que es real. Solo puedo imaginar cómo habrá estado mi hermana estos días. No tenemos una relación muy estrecha, nunca hemos sido inseparables, pero me da rabia no haber podido estar ahí para ella. Aunque sea a través de una pantalla, a kilómetros de distancia. ¿Habría ido bien el parto? ¿Le habría dolido? ¿Qué tal habrán sido sus primeros días? Y noches, claro, que dicen que es lo peor...

—Bueno, eso..., y otra cosa —añade Raúl, aunque ya no sé si me voy a poder concentrar en lo que me tenga que decir—. ¿Sabes algo de Connor?

Su pregunta consigue nublar un poco la noticia agrídulce que me ha dado.

—Sí. Se ha marchado hoy, le he acompañado a la estación de autobuses —le informo.

—¿Adónde se ha ido? —me pregunta.

—No lo sé.

Raül no parece creerme de primeras, pero no me hace más preguntas sobre el destino de su mejor amigo.

—Es que... ¿has hablado con él antes de irse? ¿Te ha dicho algo sobre... unas deudas pendientes, pagar algo?

Trago saliva. Por supuesto que me lo ha dicho. De hecho, he sido su principal confidente en este asunto. Pienso en ocultárselo y hacerme la loca, pero no me gustaría mentir a mi hermano. Nos hemos apoyado en momentos muy complicados, y no quiero que este sea una excepción. Si no le digo la verdad, se quedará dándole vueltas al tema durante semanas y seguirá nervioso por saber qué pasó con los que le perseguían por el dinero que les debía.

Pero, al mismo tiempo, no sé si estoy traicionando la confianza de Connor contándoselo yo. Ni siquiera sé si es mi papel decírselo. Pongo todo en la balanza y decido hacer una mezcla de las dos cosas.

—Sí, he hablado con él de ese tema. Me lo ha contado todo. —Bajo un poco el volumen, pero veo que Julia está riéndose y haciendo el tonto con Emma, así que no creo que escuche mi conversación—. Antes de irse pagó todo lo que debía, incluso vendió su coche, pero creo que esto es algo que deberías hablar con él, no conmigo.

—¿Tú sabes toda la historia? —me pregunta Raül.

Por un instante, siento que en su voz hay un atisbo de esperanza de que no me haya enterado de todo lo que pasó. De que entraron una noche en la casa donde vivíamos los tres y le sacaron una foto durmiendo para después meterle miedo en el cuerpo. De que lo amenazaron si no devolvía el dinero que debía con unos ridículos intereses. Y de todo lo demás.

—Sí.

Mi confesión está llena de vergüenza y compasión, a partes iguales. Pero por lo menos sé que le ahorro el mal trago a mi hermano de tener que contármelo todo.

Escucho cómo respira con fuerza al otro lado del teléfono. Me puedo imaginar su cara.

—Raúl, no te preocupes. De verdad. Hiciste lo que pensaste que sería lo mejor en ese momento. Estabas agobiado, y las situaciones desesperadas requieren de medidas desesperadas.

—Ya lo sé, no necesito un sermón de mi hermana —me responde enseguida, y me sorprende su brusquedad—. Perdona. No me hagas caso. Es que está siendo demasiado en un solo día. He llamado a mamá de casualidad y me he enterado de lo de Martina, y me ha caído una bronca impresionante. Parece que lo estaba deseando, te lo juro. Y, ahora, lo de Connor. En fin. Por lo menos conservo mi trabajo, pero no lo voy a decir muy alto.

—Por cierto, nos vemos pasado mañana en Glass, ¿no? Toca grabación del podcast.

—Sí, sí. En realidad yo estoy ahí casi todos los días. Bueno, te dejo. Llama a mamá. No, mejor llama directamente a Martina.